

Matar al débil dragón

René Avilés Fabila

La iconografía del dragón en la pintura europea, sobre todo de la Edad Media y del Renacimiento, es vasta y compleja. René Avilés Fabila recorre la mitología de la lucha del cristianismo contra el dragón en la imaginación pictórica.

Para Martha Fernández, cariñosamente

—Para mí, el combate entre el caballero y el dragón es lo más importante. Ciñendo su dorada armadura y con la espada en alto, arroja san Jorge la lanza contra el dragón, y detrás del santo se arrodilla la salvada doncella.
Gustav Verter von Heidenstam: “San Jorge y el dragón”

Sólo veamos a los pintores medievales y renacentistas: dejaron atrás suyo una multitud, obsesiva y fanática, de obras religiosas, todas trataban de convencer de las bondades y terrores del cristianismo. Nunca el arte fue tan panfletario, doctrinario, al servicio de una causa. De entre miles y miles de cuadros y tapices destaca la pelea entre caballeros cristianos y dragones. Los primeros son básicamente dos: Jorge y Miguel, más adelante canonizados. De san Jorge y el dragón, solamente en la National Gallery of Art de Washington, hay varias representaciones de una lucha que el cristianismo considera épica y no desigual e injusta. El *Sodoma* (Giovanni Bazzi), 1477-1549, Roger van der Weyden, 1400-1464, y Rafael, 1483-1520, pintaron la brutal escena. Este último parecía obsesionado con el tema, pues existe otro cuadro suyo, perteneciente al Louvre, con un san Jorge todavía más dueño de la aplastante victoria al rematar al monstruo con la espada. En esos cuatro cuadros pertenecientes a los citados museos y en otros más, es posible notar las diferencias de tamaño entre la descomunal figura del caballero montando un brioso corcel y un dragón modesto o muy joven, no mayor que un perro

común, al que le hunden una mortífera lanza. El dragón, en el cristianismo, simboliza la maldad, mientras que el victimario representa el bien quintaesenciado. Para el arte cristiano se trata del Demonio disfrazado.

En el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, perdido entre docenas y docenas de obras maestras europeas, hay un marco que encierra tres pequeñas obras (no mayores que una tarjeta postal tal como las conocemos), atribuidas a un enigmático seguidor del holandés Rogier van der Weyden: hechas alrededor de 1470 y 1500, una de ellas, la primera, muestra a un hermoso san Miguel, rubio, a pie, de lujosa y rutilante armadura de campeón, grabada con paciencia y delicadeza, que remata a un horrendo, repulsivo y desnudado dragón, derribado sobre sus espaldas, cuyas garras están lejos de hacerle algún daño al santo caballero. El héroe religioso sin ningún gesto, en completa frialdad, hierático, le hunde una muy larga y afilada lanza en el pecho. El monstruo ciertamente refleja impotencia, parece un insecto cualquiera clavado con un alfiler para que el coleccionista lo exhiba. Muestra por enésima vez que el bien se impone sobre el mal, aunque sea en la imaginería de los artistas cristianos. Vale la pena buscar la obra que prueba con terca insistencia cuán débiles han sido los dragones y la fortaleza inaudita que siempre le hallaron sus admiradores pictóricos al piadoso caballero que en realidad jamás vio una bestia de



Paolo Uccello, *San Jorge y el dragón*, 1455

tales características salvo en sus propias pesadillas o en los sueños triunfales que permite el misticismo cristiano, saturado de hazañas portentosas y falsos milagros para engañar a ingenuos creyentes.

Lo menos que los artistas católicos pudieron hacer para convencernos de sus dogmas fue pintar descomunales dragones y débiles caballeros sólo guiados por su fe. Contemplamos las obsesivas imágenes de san Miguel y san Jorge matando al monstruo como una completa injusticia. Es menos dramático ver una corrida de toros, donde una bestia magnífica, poderosa y estúpida trata de cornear a su rival, un ágil matador dotado de una inteligencia mínima. A veces, y sólo a veces, el animal consigue darle su merecido, es decir, matarlo. Por lo regular se trata de un encuentro fastidioso donde el toreador hace lo que le viene en gana con su rival y termina asesinandolo, una vez que banderilleros y picadores lo han dejado sangrante y confuso de dolor, en medio de una gritería demencial e incomprensiva que estimula al criminal, lo convierte en famoso y rico. En este caso, la bestia tiene una mínima oportunidad de evadir la muerte. El dragón nunca la tuvo. Estaba destinado a desaparecer a manos de caballeros consagrados a Dios. La de Miguel y Jorge fue una dudosa hazaña de una religión llena de crímenes, injusticias y sangre. Y a la extinción de una especie superior: capaz de volar y de lanzar fuego por las fauces.

Existen casos más notables del combate. A mediados del siglo XII un artesano anónimo realizó un hermoso tapiz de estilo bizantino que hoy puede ser visto en el Museo de la catedral de Halberstadt. En esta obra maestra, otro santo, san Miguel (saint Michel), un arcángel citado por la *Biblia* y patrono de Francia, está dándole muerte a un dragón semejante a una serpiente alada y simplona, mientras el héroe, desdeñoso, le clava la lanza en la boca sin siquiera mirarlo; aquí representa el mal de una causa que nacía impetuosa: el protestantismo.

San Miguel es el antecedente de san Jorge; por desgracia, el dragón es el mismo ser debilucho y poco capaz de matar. No cabe duda, nació para morir casi de inmediato, siempre a manos de santos tediosos. Pero lo curioso es que tanto Miguel como Jorge son de estilo caballeresco y militar, en consecuencia aguerridos, brutales: portan escudos, armadura, lanza y espada. Más de un historiador sospecha con razón que ambos son una réplica cristiana de Hermes o de Anubis, por ser considerado protector de la Iglesia y conductor de los muertos o mejor dicho, de las almas que deben asistir al Juicio Final para ser valoradas. Uno y otro lograron la inmortalidad prometida por Dios ante la buena acción de un oficio exitoso en aquellos años en que el cristianismo se vivía con fervor. El mismísimo Rafael pintó, alrededor de 1502, a san Miguel, alado, pisando a la bestia aterrada mientras dirigía la espada hacia su malvado corazón.



Giovanni Bazzi, *Sodoma*

No lejos, un animal no identificado, más digno del pincel imaginativo de Brueghel el joven, mira idiotizado la atroz escena.

Jorge fue un soldado cristiano que murió en 303, mártir, posiblemente en Nicomedia. Aunque otra versión lo encuentra luchando en las Cruzadas en 1089 contra los sarracenos, luego de vencer fácilmente a un dragón acobardado ante la suma de hombre y caballo. No es importante ni su origen ni su muerte, sino el combate que le concede inmortalidad. Ahora es venerado por los ingleses. Miguel, en cambio, es un arcángel citado por la *Biblia*, con el tiempo llegó a santo patrón de Francia y nadie sabe con precisión cómo aparece matando pequeños dragones en ciertos artistas plásticos.

Quizá los más sensatos de todos los pintores que trataron el tema legendario, fueran Tintoretto, 1518-1594: cuando el santo embiste al enemigo, uno ve que el dragón, si se estirara o hiciera un movimiento ágil, podría alcanzar el anca del caballo o la pierna del jinete; y Paolo Uccello, 1396-1475, con una obra (propiedad de la National Gallery de Londres) que diversos críticos han señalado como algo de distinguidos alcances poéticos, profunda elegancia en las imágenes y fríos colores brillantes, que anticipa en casi seiscientos años el surrealismo, sus sueños y pesadillas, tal vez en las escandalosas

versiones de Dalí. Este cuadro soberbio es menos panfletario. El dragón, cuyas alas parecieran pintadas por un artista psicodélico de los sesenta, sí tiene grandes dimensiones, afiladas garras y colmillos amenazadores, pero Uccello estropea el aspecto heroico: una dama esbelta, gótica, lo tiene sujeto del cuello con una cuerda, como si el monstruo fuera una mascota.

De modo injusto fue consumada la pobre hazaña de Miguel y Jorge. Alguno de los artistas religiosos pudo pintar a una bestia colosal y aterradora para mejor impresionarnos con la alegoría. De tal manera los humanos podríamos creer que hubo algo de glorioso en la muerte del pequeño dragón, feo, pero casi de juguete. Ninguno lo hizo. Realmente fue un crimen, algo que hoy sería condenable por las organizaciones protectoras de animales, en particular si se trata de una especie en vías de extinción. Como triste añadido, la ignorancia vaticana ha declarado que los dragones jamás existieron, pues nada sobre ellos aparece en la *Biblia*. De ser así, Miguel y Jorge eran un par de farsantes. El asunto es más complejo, sabemos por las investigaciones de René Avilés Fabila, que simplemente Noé, en una fuerte resaca, cuando metía a los animales al arca, olvidó a los pegasos, los unicornios, las quimeras y los dragones. Todos se ahogaron.¹ Quizás, en todo caso, y ello es una conjetura descabellada, algunos sobrevivientes alcanzaron a resistir en los picos más altos del planeta hasta que en los años en que vivieron Miguel y Jorge fueron extinguidos a mandobles y lanzadas para gloria del Señor. Ahora, si nos ponemos rigurosos, el único capaz de matar a un inmenso y fiero dragón llamado Fafner fue el héroe germano Sigfrido y no está canonizado.

El caso es que entre Sigfrido, Miguel y Jorge, personajes de distintas mitologías, o quizá merced al mismísimo Noé, esa especie espléndida y poco natural, desapareció del planeta. De ser responsable Noé, los citados santos jamás pudieron toparse con un animal que había desaparecido en el diluvio universal. Así que todo fue un invento más, como la multitud de vírgenes que se han aparecido en el planeta para convencer a personas de otras religiones; la Iglesia hizo bien en rectificar, negar la existencia de dragones y en consecuencia probarnos que sus milagros y hazañas son inalterablemente ilusorios. Ninguna otra religión ha sido tan poco convincente como el cristianismo y sus ramificaciones.

El más reciente de los cuadros con dicho tema, lo pinté yo, artista plástico del siglo XXI. Me incluí en la tela como el dragón: al yerro de la naturaleza le añadí mi adolorido rostro, y para el héroe religioso puse la severa figura de mi padre. **U**

¹ Cfr. "Fragmentos de la bitácora de Noé" en *Fantasías en carrusel, Obras completas*, volumen II, Nueva Imagen, México, 2001, pp. 124 y 128.